

A UNA MARIPOSA

Naces al empezar la primavera,
Cuando en la fuente hay cantos y murmullos
Y aromas en la flor y en la pradera,
Y entre los nidos ilusión y arrullos.

Entre azucenas, lirios y claveles
Tu vida pasa en caprichoso vuelo,
Y aunque la escarcha arrase tus vergeles,
Queda para tus alas siempre un cielo.

¡Cuán semejante a ti mi pensamiento:
Cuando en la infancia se despierta y sube,
Y halla una flor en cada sufrimiento
Y una escala de amor en cada nube!

Para él los astros son con sus primores,
El amor, las ternuras y el anhelo,
Y aunque acabara todo, en sus dolores,
Le quedaría para soñar un cielo.

LUIS ENRIQUE FORERO

CARIDAD Y REDENCION

I

—“¡No hay Dios!” ¡Cuántas veces había oído Paco aquella blasfemia absurda! En los mítines socialistas, en la taberna, en los infames papeluchos que no tienen otra misión que la de corromper y engañar al pueblo, para arrastrarle luégo a la revolución y a la anarquía...

Y era natural. Antes de decir a los obreros: “La desigualdad social es una injusticia; ¡basta ya de esclavitud! ¡Arrastrad a los ricos que gozan mientras vosotros trabajáis y que retienen lo que es vuestro!” Antes de llevarlos al crimen, era necesario borrar de sus conciencias el temor al Dios que todo lo ve, al Juez inmortal que juzga y castiga.

El infeliz Paco, seducido por la fogosa palabra de un orador anarquista, estaba plenamente convencido de que no había que temer nada más allá de la tumba. El credo revolucionario se había apoderado de su alma, arrojando de ella lo que aún quedaba del antiguo símbolo, único verdadero, que una madre piadosa le enseñara en los días ya lejanos de su niñez.

Despedido, por su mal comportamiento, de la fábrica en que trabajaba, sin casa donde pasar la noche, porque el compañero con quien vivía se había cansado ya de albergarle gratis, Paco erraba a la ventura, y convencido de que le habían despojado de lo que era suyo, alimentaba en su corazón sentimientos de odio y de venganza.

¿Buscaba un refugio donde pasar la noche? ¿O acaso esperaba encontrar algún rico de los que se divertían impunemente con lo que le habían robado? ¡Oh! entonces...

Al poco rato de marcha, el obrero se encontró en el campo. Brillaba la noche de mayo con el chispear de millones de estrellas, y la brisa primaveral agitaba las hojas de los álamos, produciendo un rumor confuso, plegaría de amor con que la naturaleza saludaba al Creador de todas las cosas. Pero el alma de Paco no vibraba al compás de aquel himno, sino que, sorda a todos los encantos exteriores, sólo oía aquel estribillo infernal que repetía desolador y terrible: “¡No hay Dios!”

II

—¡Si no fuera por la guardia civil...—pensó al ver una pareja que avanzaba por el camino. ¡Uf! no me gusta esa gente... Y dando media vuelta fue a ocultarse entre unos arbustos que bordeaban la carretera.

Momentos después, cuando iba a salir de su escondite, vio un hombre y una mujer que, conversando animadamente, se pararon a pocos pasos de donde él estaba. Escuchó.

—De modo que habrá muerto esta mañana, decía el hombre.

—Sí—respondió la mujer,—ya has visto el telegrama.

—¡Qué bueno ha sido!—Haber pensado en nosotros...

—Nos quería mucho... Ya te acordarás que varias veces nos dijo que nos dejaría un recuerdo.

—Sí, pero dejarnos casi toda su fortuna...

—Era muy bueno, y quería mucho a nuestra pequeña. ¿Te acuerdas cuánto la quería?

—Es verdad... Pero ¿dónde la dejaremos si vienes conmigo?

—Mamá la llevará... Todos los días...

—Sí; es justo que asistamos los dos al entierro para rezar juntos por el alma de nuestro bienhechor, que es lo único que podemos hacer por él. Después vendrás tú, y yo me quedaré para arreglar los asuntos.

—¿Y por qué no he de quedarme yo contigo?

—No es necesario. La niña se aburriría sin ti, y además es una carga para la abuela... ¿No te parece mejor verte en cuanto se termine el entierro?

—¿Y te quedarás solo?

—Total, tres o cuatro días...

—¡Oh!, estaré muy inquieta.

—¿Y por qué?

—¡Quién sabe!... En estos tiempos todo es de temer. Ya ves cómo estamos con las huelgas... Un hombre que lleva consigo valores siempre está en peligro.

—Tranquilízate, Blanca; no hay peligro ninguno.

—¿Dios lo quiera!... Mira, desde que recibimos el telegrama no tengo paz... ¡Como es la primera vez que nos separamos, tengo miedo!...

—Pero mujer...

—¿Serás prudente?... Dime que exagerarás las precauciones...

—¿Cualquiera creería que me voy a América! ¿Por qué te alarmas así? ¿Qué peligro puede amenazarme?

Nadie sabe dónde voy ni a qué... Y tú, tan buena cristiana, ¿así desconfías de Dios?

—Tienes razón; soy loca... ¡Qué dichosos vamos a ser! Sólo nos faltaba la fortuna, y nuestro buen amigo nos la deja cuando menos lo esperábamos... Es demasiada felicidad para la tierra.

—Vamos: ahora te asusta la felicidad?... Ya verás qué bien vamos a estar... Pero ¿qué te pasa que estás temblando?... Mejor será que volvamos a casa; hace fresco, y además tenemos que preparar las cosas para mañana, porque el tren sale a las siete y media.

—Poco tenemos que hacer. La maleta está preparada.

—Pues vamos a cenar. ¿Se te pasaron las aprensiones?

—Sí... creo que sí...

Marido y mujer atravesaron la carretera, abrieron la puerta de un hotelito y desaparecieron en su interior.

Al cabo de unos momentos, Paco, que no había perdido palabra de la conversación, salió de su escondite. Después de mirar a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie le veía, acercóse al jardín que rodeaba el hotel y después de contemplarle un rato, exclamó con acento de ira:

—¡Vosotros gozáis, mientras los pobres como yo se afanan para haceros agradable la vida! El mismo derecho tengo yo que vosotros a esa fortuna que os cae del cielo... Dentro de algunos días... ¡veremos si hay un Dios que os guarde!... Yo me encargaré de probaros que no le hay.

Y en su mirada brillaba un resplandor siniestro; y su voz rugía llena de odio y amenazas.

III

—¡Mira, mamá, qué luz amarilla! ¡Ay, qué bonita aquella otra verde!... Mira, mamá.

—Sí, hija, sí; pero mira bien a ver si ves a papá.

—Nó, no le veo; acaso no vendrá esta noche.

—Sí, espéra un poco, todavía no han salido todos los viajeros.

—Pues no viene; dí, mamá, ¿se habrá dormido papá en el tren?

Blanca no respondió. Unos cuantos viajeros aparecieron en la puerta; acaso Andrés vendría entre ellos. Pero, ¿cómo no se apresuraba al ver a su mujer y a su hija?

El grupo se acercaba. Andrés no estaba entre ellos... ¿Qué habría pasado? ¿Habría perdido el tren?

—Nó, porque habría avisado con un telegrama... Y el terror se apoderaba del corazón de la infeliz. Hasta entonces había combatido aquellos presentimientos con la fuerza de su fe y de su confianza en Dios; pero ya no podía más.

Un empleado cerraba la puerta del andén. Blanca se acercó a él, preguntándole ansiosa:

—¿Era este tren el correo del Norte?

—Sí, señora.

—¿El de las 6,35?

—Sí.

—¿A qué hora vendrá otro?

—Ya hasta las 11,20 no vienen más.

—Gracias.

Y aunque la niña quería llevársela de allí "puesto que papá no había venido," Blanca no se movía. Parecía haber echado raíces en el suelo.

Maquinalmente, a través de los cristales de la puerta, seguía con los ojos las idas y venidas del mozo que inspeccionaba los vagones vacíos. Al abrir la portezuela de un coche de primera, el empleado retrocedió con espanto y llamó a unos hombres que pasaban cargados de equipajes.

Blanca se estremeció y con voz entrecortada preguntó a un revisor que salía del andén:

—¿Qué pasa?

—No sé, respondió el empleado vacilando, al ver el sobresalto de su interlocutora; no puedo decir a usted... creo que hay un herido...

—¿Un herido? ¡Por Dios, déjeme usted pasar! Yo esperaba a mi marido...

—No puede ser, señora; lo siento mucho, pero no puedo dejar pasar a nadie al andén, fuera de las horas de entrada y salida de los trenes... Pero no se asuste usted. Voy a preguntar.

Blanca no esperó más. Abrió violentamente la puerta y se precipitó al andén, llegando al mismo tiempo que el jefe, a quien habían avisado. Antes de que nadie pudiese detenerla, se encontró dentro del vagón.

Un espectáculo horrible se ofreció a sus ojos. Andrés yacía en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Blanca se arrodilló al lado del cuerpo, repitiendo con desesperación:

—¡Andrés! ¡Andrés! Oyeme, soy yo... ¡soy yo!...

Y la niña, que apenas se daba cuenta de lo que sucedía, lloraba al ver llorar a su madre.

Un sacerdote que por casualidad se encontraba en la estación, acudió a toda prisa al saber la noticia, y acercándose al herido le examinó detenidamente.

—Cálmese usted, señora, dijo luego, y consuele a la niña. Su marido no está muerto, y es necesario que no sufra emociones fuertes en este momento. ¡Si las viera a ustedes así!

Blanca obedeció. Un rayo de esperanza había entrado en su corazón con las palabras del sacerdote. El médico llegó en seguida, y allí mismo hizo la primera cura al pobre Andrés, que tenía una grave herida en el pecho.

—Después, dirigiéndose a Blanca, le preguntó:

—¿Dónde vive usted, señora?

—En el Paseo de la estación.

—Está cerca... Se puede trasladar el herido a su casa; pero con mucho cuidado, sin sacudidas.

—¿Se salvará, doctor?

El médico guardó silencio. ¡Cuántas veces, en su larga carrera, había oído aquella pregunta angustiada! ¡Y qué cruel le parecía la respuesta que en aquella ocasión tenía que dar!

—Haremos lo que se pueda, señora, murmuró. La herida es grave, pero no hay que desconfiar. Iré dentro de una hora, cuando el herido esté descansado.

Pasó la noche, que fue horrible para la pobre mujer. El herido apenas se daba cuenta de nada.

Por la mañana le fue administrada la Extremaunción. Entonces pareció que se animaba un poco. Pensando en el asesino, murmuró:

—¡Dios mío, perdóname como yo le perdono! Blanca... Cecilia... Perdonad también. ¡Adiós!

Y besando el crucifijo que su mujer le presentaba, exhaló el último suspiro.

¿Cómo había podido Blanca sobrevivir a su marido? ¿Cómo no se había vuelto loca? ¡Ah! Es que era buena cristiana, y sabía que Dios vela siempre sobre sus criaturas, y que con amor inmenso les envía siempre lo que les conviene.

Sabía que si el Señor había llamado a Andrés, apartándole de ella en el tiempo, se le guardaba para la eternidad. Si había roto su felicidad en la tierra habría sido para prepararles la felicidad del cielo, y allá arriba se unirían para siempre.

Y lejos de rebelarse, la pobre viuda repetía en medio de sus lágrimas:

—Señor, ¡hágase tu voluntad!

En vano se buscó al asesino. Las pesquisas no dieron resultado. Poco a poco se fue olvidando la gente de aquel terrible drama, que tanto ruido había hecho, y no se volvió a hablar más del asunto.

IV

No había encontrado el asesino todo lo que esperaba en la cartera de su víctima. Solamente algunas obligaciones de una empresa ferroviaria, 2,000 pesetas en

oro y unas 100 en plata, porque Andrés había pensado instalarse en la casa que le dejaba su protector, y por eso dejó a su notario los demás valores, mientras él iba a levantar su antigua casa.

Blanca sabía estas cosas por una carta que su marido le había escrito antes de emprender el desgraciado viaje. Para cumplir la última voluntad del difunto trasladóse la viuda con su hija a Villafranca donde enterraron el cadáver al lado del de su bienhechor. Luégo se instalaron en el hotel donde tan dichosos hubieran sido los tres juntos.

Pasaron algunos meses llenos de amarguras para la pobre mujer, que casi no se daba cuenta de lo que había sucedido. Creíase siempre víctima de una pesadilla que no podía desechar por más esfuerzos que hiciera.

Siempre tenía ante sus ojos aquel andén lleno de luces multicolores y aquel coche ensangrentado. Y continuamente se preguntaba quién había sido el miserable que así había destrozado su corazón.

Un odio mortal se apoderaba de su alma, llenándola de un violento deseo de vengarse.

Andrés había perdonado y había suplicado que perdonasen ellas también; pero ¿cómo era posible? ¿Cómo no maldecir al asesino que la había dejado viuda?

Con el tiempo y gracias a su ardiente fe, Blanca fue recobrando la paz perdida, y llegó hasta perdonar. En aquel terrible drama ya no veía más que la mano de la Providencia que quería llevarla por el camino del dolor, y generosamente aceptó el sacrificio.

No quiso buscar consuelos humanos. Fiel a la memoria de Andrés, rehusó contraer un nuevo matrimonio y se consagró a la educación de Cecilia!

La libertad de que gozaba y su fortuna permitiéronla dedicarse a las obras de caridad todo el tiempo que sus obligaciones la dejaban libre. Como había sufrido mucho, sabía compadecer, y como era tan buena, sabía socorrer con esa delicadeza que hace inapreciables los beneficios.

Cecilia acompañaba a su madre cuando ésta iba todos los domingos a explicar la doctrina a las niñas de la parroquia. Desde el primer día llamó la atención de la niña una pobrecita coja que andaba con gran dificultad, apoyándose en una muleta. Era la cojita pequeña y paliducha y sus pobres vestidos negros la hacían todavía más insignificante. Cubría su cabeza con una toquilla vieja y tenía un aire de modestia y tristeza que la hacían simpática a todas sus compañeras.

Cecilia, buena y compasiva como su madre, se sintió inmediatamente atraída hacia la pequeña, la cual era muy estudiosa y sabía siempre muy bien sus lecciones. Cecilia se mostraba siempre muy cariñosa con ella, ayudándola a sentarse y acompañándola luego hasta la calle.

A la salida hablaban breve rato, pero la cojita era muy tímida, y lo único que Cecilia y su madre pudieron saber de ella era que se llamaba Petra González, y que vivía con su padre en la calle de Santo Tomás, número 55.

Cuando el día estaba lluvioso, un hombre de aspecto huraño acudía a la puerta de la iglesia y allí esperaba la hora de terminar el catecismo. Cuando Petra salía, acompañada de su amiguita, aquel hombre la tomaba en brazos y, después de saludar silenciosamente a las señoras, se alejaba con ella.

Pasó un mes. Un día Petra no fue a la doctrina. Cecilia preguntó por ella, pero nadie supo darle razón.

Al cabo de tres días de ausencia, Cecilia suplicó a su madre que la acompañara a casa de la niña, y madre e hija se dirigieron a la calle de Santo Tomás.

El número 55 era una casa de vecindad, en cuyo patio, húmedo y sucio, jugaban una veintena de chicos desarrapados, que armaban un guirigay insoportable.

Blanca se dirigió a una mujer, que tendía ropa en un rincón del patio, y preguntó por Petra González.

—¡Ah! ¿Vienen ustedes a ver a su padre? Pues poco le queda ya de vida.

—¿Cómo? ¿Está enfermo?

—¿Si está enfermo? Yo lo creo. No tié más que una pulmonía doble. El médico dice que no dura tres días.

—¡Pobre hombre! ¿Y qué será de la pequeña?

—Pobrecilla. Esa sí que ha pasado ya lo suyo... Acaba de enterrar a su madre y ahora...

—Pero ¿no hay esperanzas?

—Según dice el médico, no. Menos mal que Dios puede más que todos ellos juntos y acaso tendrá compasión de la Petrilla.

—¡Pobre! Y sin madre...

—¡Ay señora! Lo que es su madre sí que pasó aquí el purgatorio. Y ¡cuidado que era buena y limpia! ¡Había que ver! ¡Y qué paciencia para aguantar a su marido, que es una calamidad!... La pobre tenía que esconderse hasta para ir a misa... Mire usted, yo vivo pared por medio de su casa, así es que en mi cocina se oía todo lo que pasaba en la suya. Casi todas las noches venía el hombre más borracho que una cuba y jurando como un condenado... En cuanto le oíamos entrar gritando como una furia: "No hay Dios," me decía mi Pepe: "Ya tiene función la señá Luisa."

—¿La maltrataba?

—¡Anda, ya lo creo! Ella me contaba a mí todas sus cosas, porque nos conocíamos de siempre. La había casado su padre casi a la fuerza, porque este hombre tenía unas 10,000 pesetas y se les antojó que era un gran partido. No hubiera sido malo del todo si él fuera de otro modo; pero estos hombres siempre en huelga, siempre bebiendo, siempre jugando, se quedó sin un céntimo.

—Y ¿a la niña la trata mal?

—¡Ah! eso no; la quiere mucho y ella puede mucho con él... casi todo lo que quiere. Desde que murió la madre la cuido yo. Yo la visto, la peino y la preparo la

comida. El me paga religiosamente lo convenido, y siempre me ha dicho: "Que no le falte nada, señá Francisca. Yo pagaré lo que sea" . . . Yo la quiero casi tanto a mis cinco chicos; ¡ su madre me la recomendó tanto cuando murió! . . . Lo que siento es que ya no voy a poder ocuparme de ella como antes.

—¿Por qué?

—Nos vamos a otra casa. Mi marido trabaja en la estación y ahora le han ascendido. Tendrá más trabajo, y esto está muy lejos para venir a comer.

—¡Claro!

—¡Lo peor es dejar aquí a esa pobrecilla. Cuando he visto a su padre tan grave, me he dicho: "Si yo tuviera algo más, me la llevaba; donde comen cinco, comen seis." Pero en mi casa comen mal los cinco; no estamos para hacer milagros. . . Pero estoy entreteniendo a ustedes, señoras. Mire usted, en aquella puerta del fondo es donde vive el señor Paco.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. . . ¡ Ah! mire usted que el hombre es un poco brusco, sobre todo desde que está enfermo.

—Gracias; no importa eso.

—Adiós, señorita.

Blanca llamó en la puerta indicada y Petra salió a abrir. La pobrecilla turbóse al encontrarse con una visita tan inesperada, pero no tardó en serenarse con las palabras cariñosas que Cecilia y su madre le dirigieron.

La niña llevó a sus visitantes a la alcoba del enfermo. Este, medio aletargado por la fiebre, apenas contestaba con monosílabos a las preguntas que Blanca le hizo. El pobre hombre estaba muy grave. Para no molestarle retiráronse las señoras, después de prometer a Cecilia que volverían al día siguiente.

Y efectivamente, siguieron visitando al enfermo todos los días, porque la enfermedad se prolongaba más de lo que el médico había pensado.

Blanca llevaba todos los días alguna golosina, y el enfermo, con aquellos cuidados y delicadezas a que no estaba acostumbrado, se iba haciendo más tratable.

Una tarde en que Blanca le preguntó cómo se sentía, la respondió que no se hacía ilusiones, que estaba seguro de que se moriría sin remedio, y lo único que sentía era dejar a Petrita sola y sin recursos.

—No tema usted eso—dijo Blanca,—esperaba que usted me dijera algo para darle cuenta de un proyecto. Mi hija quiere a Petra como si fuera su hermana y me ha suplicado que la lleve conmigo si algún día tiene la desgracia de quedarse huérfana. Yo estoy dispuesta a ello, ¿y usted?

—¡Oh, señora! Pero yo no tengo nada que dejarla.

—No importa; si usted consiente, yo la llevaré conmigo.

—¿Si consiento? Ya lo creo, y moriré tranquilo gracias a usted. . . La pobre. . . ¡Qué feliz será con ustedes!

Aquella alegría le había animado un poco. Petra entró en la habitación después de despedir a sus protectoras. Su padre le contó la conversación que había tenido con Blanca.

—Papaíto—exclamó la pequeña abrazándose a él,—no digas eso. . . ya verás cómo no te mueres tan pronto. . . Yo te cuidaré mucho. . . ya verás. . .

Paco, que sabía muy bien que no tenía remedio, se calló para no afligir más a la niña. Al cabo de un rato sacó de debajo de la almohada una llave y se la dio a Petra, diciendo:

—Tóma; ábre aquel armario. . . busca ahora en el cajón de la derecha un paquete envuelto en un papel gris. . . tráelo.

Era una elegante cartera de piel de Rusia, y en una de las esquinas tenía dos letras de plata oxidada: A. L.

El enfermo sintió un escalofrío al abrirla. Sacó de ella tres billetes de 500 pesetas, los contempló un momento, y volviéndolos a guardar, se la entregó a Petra, diciendo:

—Tóma. Esto es para ti. Lo guardé para dártelo cuando fueras moza, y nunca lo he tocado. Cuando yo muera, lo necesitarás... Oye, nunca te he preguntado cómo se llama nuestra protectora...

—Se llama Blanca Rodríguez, pero todo el mundo la llama la viuda de don Andrés Lasa.

El enfermo se levantó bruscamente.

—¿Qué dices?—exclamó con voz ahogada.

—Que se llama Blanca Rodríguez, pero que la conocen por la viuda de don Andrés Lasa—repitió la niña.

El miserable había vuelto a caer otra vez pesadamente en la cama y se revolvía como un loco, repitiendo:

—¡Andrés Lasa!... no, no es posible... ¡oh, si ella supiera!... Pero ya lo sabrá, y entonces... ¿qué será de mi hija?...

Petra no comprendía nada de aquello. Y viendo que su padre no se calmaba, colocó la cartera en el quicio de la ventana, y salió a buscar a la vecina. Cuando la señora Francisca llegó, el hombre seguía repitiendo frases entrecortadas. La buena mujer pensó que deliraba.

Así estuvo toda la noche.

V

También recibía el enfermo otra visita desde hacía varios días; la del párroco que preparaba a Petrita para la primera comunión.

Trabajo había costado conseguir que aquel hombre recibiese a un sacerdote. La vecina había hecho algunas indicaciones en este sentido, pero el enfermo le mandó con malas palabras que no volviera a hablar de semejante cosa.

Petra, aconsejada por Blanca, intentaba también lo mismo.

—Papá—le había dicho un día cariñosamente,—el señor cura sabe que estás enfermo y me pregunta muchas veces por ti.

—Y a él ¿qué le importa?—respondió el padre malhumorado.

La niña calló, pero al día siguiente volvió otra vez:

—Papá, traigo un recado para ti; el señor cura, que quiere mucho a los pobres enfermos, quería venir a visitarte.

—No lo necesito.

—Si vieras, papá... es tan bueno... Te contaría historias muy bonitas, como a nosotras. Ya verías cómo así te distraías un poco.

El enfermo iba a contestar de mala manera, pero al ver la mirada suplicante de su hija, se contentó con gruñir:

—Bueno; que venga si se empeña; poco me importa.

Era una cosa extraña cómo aquella niña tan tímida hacía de su padre lo que se le antojaba. Delante de ella, aquel hombre áspero y brutal se convertía en un manso cordero y cedía a todos sus caprichos. Y era que amaba a su hija como nunca había amado a nadie en el mundo, y hubiera querido, a fuerza de caricias y de mimos, hacerla olvidar lo que él llamaba "las injusticias de la naturaleza, que la había hecho para siempre desgraciada."

El párroco fue a ver al enfermo, el cual le recibió con estas afectuosas palabras:

—Mire usted, señor cura, yo no engaño a nadie. Yo no puedo ver a la gente de sotana, ni creo en sus monsergas. No hay Dios; esto está bien probado... De modo que a mí no me venga usted con sermones, porque perderá el tiempo.

Sin embargo, el sacerdote seguía yendo todos los días a casa de Paco. Preguntaba cómo había pasado la noche, le tomaba el pulso, hablaba con él breves momentos de cosas indiferentes, y se marchaba como si no tuviera otra misión al lado del enfermo.

Pero si las visitas a éste eran cortas, prolongábanse mucho tiempo las que el sacerdote hacía al tabernácu-

lo. Allí recordaba al Divino Maestro la sangre que había derramado por la salvación de aquella alma y lesuplicaba insistentemente que no la dejara perder. Por las tardes, en la doctrina, hacía rezar también a las niñas, confiando en que las oraciones de los inocentes son más ligeras para llegar al cielo.

El enfermo seguía empeorando. Con la tremenda emoción sufrida al saber el nombre de su protectora, se le aumentó la fiebre, y cuando Blanca acudió al día siguiente, le encontró delirando todavía.

Cecilia y Petra habían ido a la doctrina, y la señora estaba sola con el enfermo. Al principio no hizo caso de las palabras incoherentes que el hombre pronunciaba, y se puso a preparar las medicinas.

Algunas frases entrecortadas llegaron hasta ella, y prestó atención.

—¡Su sangre!, sollozaba el moribundo, ¡su sangre! en mis manos, en mis vestidos... ¡Petra, Petra! lávame estas manchas... Pero ya es tarde, hay que confesar... Mira... el tren corría... él leía un periódico... tenía una mujer joven y una hija... ¡Nó!, tú no heredarás... no es justo... para mí esos billetes; tú al otro mundo... He callado mucho tiempo... ya no me acuerdo cómo se llamaba... espérame un poco... se llamaba Andrés Lasa... ¡eso es!..., Lasa...

Un estrépito de cacharros rotos interrumpió al enfermo en su confesión. Blanca había dejado escapar de sus manos la taza de té que estaba preparando. La infeliz se apoyó en la ventana para no caer. Sus manos encontraron un objeto frío y suave, cuyo contacto la hizo estremecer. Volvió los ojos a mirar qué sería aquello que tan mala impresión le había causado, y de sus labios se escapó un grito doloroso. Allí estaba la prueba de todo lo que acababa de oír: la cartera que Petra había dejado olvidada. ¡Oh!, no cabía duda; era la misma, la que ella había regalado a su marido el día de su santo...

¡Y en aquel lecho agonizaba el asesino!... ¡Y ella, la víctima, le consolaba y le atendía!...

Blanca salió de la casa como una loca; pero apenas había dado unos pasos por la calle, sintió como un remordimiento. Tornó a entrar y llamó en la casa de la señora Francisca.

—Haga usted el favor de pasar a cuidar a este buen hombre, que yo estoy algo mareada, dijo.

—Sí que está usted muy pálida, respondió la señora Francisca, pase usted y descanse un poco. ¿Quiere usted que haga una taza de té?

—Nó, gracias; no necesito nada. Iré a tomar un poco el aire.

Y se alejó tambaleándose, mientras la buena mujer entraba en casa del enfermo.

Blanca entró en una iglesia que encontró al paso. Allí, arrodillada en un rincón, se esforzaba en vano por calmar la tempestad de su corazón y poner orden en sus ideas confusas.

Absorta en sus reflexiones, no pensó que era ya hora de que Cecilia volviera a casa, ni oyó el ruido de unos pasos que se acercaban, hasta que la voz del párroco vino a sacarla de su ensimismamiento.

—Blanca, ¿qué tal está su enfermo?

—¿Mi enfermo? ¡Es un miserable, un ladrón, un asesino!, respondió ella con voz sorda.

—¿Qué está usted diciendo?, exclamó el sacerdote sorprendido.

—¡Ay, señor cura, si usted supiera!

Y la infeliz rompió a llorar.

El párroco le indicó la puerta de la sacristía y se encaminó a ella. Blanca le siguió.

Luégo que se hubo serenado un poco, contó al sacerdote cómo acababa de descubrir al asesino de su marido, inútilmente buscado por la policía durante tanto tiempo.

—Y ahora, decía entre sollozos, ahora le tengo y no se librará del castigo, que ha de ser terrible, como los



dolores que yo he padecido! pero ¿ dónde habrá torturas que puedan compararse a mi dolor? La justicia humana no llegará a tiempo, porque el miserable va a morir... ¡ pues que su muerte sea maldita! Dios, que es justo, no puede perdonar al asesino... ¡ Y yo quería recoger en mi casa a la hija de este hombre que dejó huérfana a la mía! ¡ Oh! ¡ Eso nó! ¡ Jamás! ¡ Jamás!

El sacerdote escuchaba en silencio. Sabía que el corazón oprimido necesita derramar su amargura, y dejaba que el dolor de Blanca se desahogase en aquella relación terrible.

Luégo, cuando la viuda calló, él habló dulcemente del divino Crucificado, recordándola el tremendo sacrificio por el cual compró el perdón de todas las almas, sin excepción de las más criminales. Y suplicó a la infeliz que como buena cristiana imitase a su Maestro, renunciando a toda suerte de represalias y rogando al Señor que mirase con ojos de misericordia los crímenes de aquel desgraciado, concediéndole un sincero arrepentimiento y una muerte santa. No había ella de ser más inexorable que la víctima de aquel hombre. Andrés había perdonado y había pedido que perdonaran también. No era posible negarse a cumplir la última voluntad del moribundo, y tampoco era lícito abandonar en aquellas circunstancias a Petrilla. ¿ Pagaría la inocente culpas que no había cometido? ¿ Cómo era posible dejar en medio del arroyo aquella pobre criatura enferma y abandonada? ¿ Y cómo explicarla aquel cambio brusco, sin escandalizarla y afligirla?

Nó; Blanca era cristiana y no podía negarse al sacrificio... Para ello redoblaría sus oraciones, pidiendo a Dios la fuerza necesaria a su debilidad. Y lo ofrecería al Señor por la salvación del moribundo.

Blanca no protestaba. Las palabras cariñosas y persuasivas del sacerdote caían en su alma como bálsamo cicatrizante que calmaba poco a poco la exaltación de su dolor. Y el sacrificio que la proponían llegó a no parecerla imposible.

El toque del ángelus interrumpió la conversación. Blanca dio las gracias al sacerdote y corrió a su casa, donde ya esperaba Cecilia, algo inquieta por la tardanza de su madre.

Las primeras horas de la tarde fueron aún de lucha terrible para la pobre viuda; pero al cabo triunfó la gracia. Al anoecer se dirigió a casa del enfermo.

El párroco la había precedido. Viendo que Paco se moría, el sacerdote le hablaba de la otra vida, a la que se acercaba sin darse cuenta, pero el enfermo parecía no oírle. Su rostro estaba contraído por el dolor y la angustia.

Pero no era el arrepentimiento o el temor del más allá lo que alteraba así a aquel hombre; sólo el amor de padre ocupaba su corazón en aquella hora suprema.

—¡ Petra!, suspiraba, ¡ ay!, si la señora supiera... la abandonaría... y lo sabrá sin remedio... y entonces ¿ qué será de mi hija?

—Lo sé todo, sollozó una voz, y todo lo perdono, como mi marido lo perdonó. Usted no se intranquilece; su hija será mía, como lo he prometido... y nunca sabrá una palabra de esto.

Un profundo silencio siguió a estas palabras de Blanca. El moribundo cerró los ojos y quedó inmóvil. Una intensa palidez cubría su rostro; parecía un cadáver.

El sacerdote, arrodillado junto al lecho, unía su oración a la de Blanca, pidiendo misericordia y perdón.

El enfermo abrió los ojos. Dos lágrimas ardientes se deslizaron por sus mejillas, y con voz apagada murmuró:

—Señor cura.

—¿ Qué quieres, hijo?

—Dígame usted que no he soñado. Esa voz que me hablaba hace poco...

—Sí, hijo, sí. Era la viuda de don Andrés Lasa... ¿ Oíste bien lo que te decía? Ya ves cómo Dios quiere darte la paz...

Reunió el enfermo las pocas fuerzas que le quedaban, e incorporándose en el lecho, dijo:

—¡Ay, señor cura! Tiene usted razón. Ahora creo en Dios. Los que dicen que no le hay están locos. ¿Quién daría fuerzas para sacrificios como éste? Perdóneme usted, señor cura, todo lo que le he ofendido. Yo tenía una madre muy buena . . . y no he olvidado las oraciones que me enseñó; pero me queda poco tiempo y quiero confesarme.

El sacerdote cambió con Blanca una mirada de triunfo. De sus almas se elevó una ferviente acción de gracias a la Divina misericordia que había oído sus plegarias. Luégo Blanca salió y el moribundo quedó a solas con el párroco.

Cuando, terminada la confesión, volvió Blanca a la alcoba, el enfermo le pidió perdón con tantas lágrimas y suspiros, que no dejaban duda de que su arrepentimiento era sincero.

Ella le dijo que todo estaba perdonado y que ya no veía en él más que un hermano extraviado que volvía a la casa paterna de Dios. Dióla él las gracias y la suplicó que nada supiese Petra. Así lo prometió ella.

Las últimas palabras del enfermo fueron para su hija, que lloraba silenciosamente al lado del lecho. Luégo besó devotamente el crucifijo que el párroco le presentaba, y expiró.

Blanca sintió su espíritu inundado de una dulce y consoladora alegría. La voz de la conciencia le decía que había cumplido su deber y que aquella santa muerte era la corona de su sacrificio. Largo rato estuvo contemplando la serenidad que se reflejaba en el rostro del cadáver, y parecióla que erannada sus sacrificios y dolores pasajeros, comparados con la recompensa eterna que por ellos conseguía para aquella alma arrepentida y purificada.

VI

Había llegado el día bendito de la primera comunión. Jesús, piadoso y amante, iba a buscar a una alma pura que no podía ir a EL, porque la enfermedad le retenía en el lecho. Las amigas de la enfermita, envueltas en blancos velos, graves y recogidas, precedían al Esposo que también iba a entrar en sus almas.

El sol espléndido hacía palidecer las llamas de los cirios. Las lilas y rosas de que estaba sembrado el camino unían sus perfumes a los del incienso; las campanas de la vieja iglesia parroquial y los pájaros de los jardines unían sus voces melodiosas a los piadosos cánticos de las niñas.

La blanca procesión era como un torrente de inocencia que atravesaba las calles del pueblo.

Abriéronse las puertas de un elegante hotel, y el cortejo desapareció en su interior.

Entraron las niñas en una habitación y se arrodillaron al pie del lecho donde Petrilla, blanca como una azucena y radiante de alegría, esperaba con impaciencia al Amigo divino que venía a buscarla para llevarla al cielo.

¡Cuánto había sufrido la pobre niña desde la muerte de su padre! Aquel dolor había acabado con ella. En vano Cecilia había extremado sus cariños y en vano Blanca había llamado a los más famosos médicos y atendido con incansable cuidado a la pequeña; todo había sido inútil. La niña se moría sin remedio.

¡Por fin había llegado el día tan deseado de la primera comunión! ¡Con cuánto fervor se había preparado la niña para aquel día santo! Como no podía ir a la iglesia a escuchar las pláticas de preparación, Cecilia se las repetía por las noches, y así iba preparándose la enferma y suspirando por que llegase pronto el día señalado.

Comulgó Petra y volvió a formarse la procesión para regresar a la iglesia. Cuando Cecilia volvió a su casa,

llevando en su corazón al Amor de los amores, abrazáronse las dos amigas y durante largo rato se contaron sus piadosas emociones.

Al anoecer, Petra recogió las flores más hermosas entre las que adornaban su cuarto, convertido en preciosa capilla, y haciendo con ellas un ramillete, rogó a Cecilia que lo mandase llevar a la tumba de sus padres, a los cuales no había olvidado en aquel dichoso día.

Cuando concluyó de atar el ramo acercólo a sus labios y murmuró en voz baja : “Hasta muy pronto.”

¡ Si Cecilia hubiera oído aquellas palabras ! ¡ Cuántas veces, cuando Petra hablaba de su fin próximo había ella suplicado y llorado para que se callase !

Petra hubiera querido vivir para no afligir a su madre adoptiva y a su amiga, pero no estaba en su mano. Y obediente a la voz de Dios que la llamaba, partía resignada y contenta. Durante las largas noches de insomnio, ¡ cuántas veces se había visto allá arriba, al lado de sus padres, rodeada de Santos y cobijada por las alas de oro de los ángeles !

..*

Algunos días después tornaron a reunirse en casa de Cecilia todas sus compañeras vestidas de blanco. Esta vez no acompañaban a Jesús, sino el cuerpo de Petrilla, cuya alma había volado al Paraíso.

Cecilia lloró largo rato sobre la tumba de su amiga. Su madre respetó aquel dolor. Cuando la vio algo más serena, tomóla de la mano y dijo :

— Vén, hija mía ; Petra ya no necesita de nosotras. Pero hay en el mundo muchos ciegos que no conocen la verdad, muchos hermanos nuestros desgraciados. Vamos a buscarlos y a enseñarles con nuestra caridad que hay un Dios que vela sobre todos nosotros, que nos ama y nos espera.

J. CLEMENTES

(Del *Almanaque de la Familia Cristiana*)

Rosario

Archivo
Histórico